

HISTORIA, EVOLUCIÓN, SEMIÓTICA. EL ORDEN TERNARIO DE VICO Y PEIRCE*

Amadeu Viana
(Universidad de Lleida)



En este artículo intentaremos acercar a Vico a la empresa semiótica de Charles S. Peirce, indagando en la configuración de un pragmatismo que tome en cuenta la información histórica para la construcción de la mente humana. En la primera parte se investigarán las raíces retóricas y poéticas de las categorías semióticas; en la segunda, se explorará la relación entre Vico y Peirce, por un lado, y las investigaciones contemporáneas sobre el desarrollo del lenguaje por otro; finalmente, en la tercera parte se volverá a la semiótica para intentar una interpretación de la progresión retórica viquiana, de la mimesis a través de los signos hasta las lenguas articuladas, coherente con el pragmatismo, tanto desde el punto de vista funcional como desde el punto de vista his-

tórico, con el objetivo de alzar las barreras que mantienen, convencionalmente, a los dos autores en lados distintos del proyecto de la Ilustración.

PALABRAS CLAVE: Vico, Peirce, Leibniz, historia, evolución, semiótica, retórica, Ilustración.

In this paper we will try to relate Vico to the semiotic work of Charles S. Peirce, by taking into account a pragmatism that considers historical information relevant for the construction of human mind. First, we investigate the rhetorical and poetical roots of semiotic categories; secondly, we explore the relationship between Vico and Peirce on one side, and the contemporary research about the development of language on the other; finally, we go back to semiotics to examine an interpretation of Viquian rhetorical progression, from mimesis through signs to articulated languages, both functionally and historically coherent with Peircean pragmatism, in order to pierce the barriers that conventionally keep both authors at different sides of the Illustration's project.

KEYWORDS: Vico, Peirce, Leibniz, history, evolution, semiotics, rhetorics, Enlightenment.

*But man, proud man,
Drest in a little brief authority,
Most ignorant of what he's most assured,
His glassy essence, like an angry ape,
Plays such fantastic tricks before high heaven
As make the angels weep.
Measure for Measure. Act ii. Sc. 2.*

* El origen de este artículo es una conferencia impartida en el Istituto per la Storia del Pensiero Filosofico e Scientifico Moderno, de Nápoles, en noviembre de 2012, organizada por la Dra. Silvia Caianiello, a quien tengo que agradecer también la lectura atenta de una primera versión del texto, que se publicará en italiano en el número de 2014 del *Bollettino del Centro di Studi Vichiani*, bajo el título "Vico e Peirce: l'immaginazione pragmatica". Cuando no se indica lo contrario, los fragmentos citados han sido traducidos expresamente para esta publicación.

Vico y Peirce comparten el hecho de ser pensadores ternarios, como lo fueron también San Agustín y Ramón Lull, o Auguste Comte. Más allá de una común fascinación por el número tres, Vico y Peirce concibieron la articulación del pensamiento humano sobre una base tripartita, lo que constituye un estilo filosófico y un modo de operar sistemático. En este artículo me ocuparé de analizar las posibles correspondencias entre la obra de Vico y las investigaciones de Peirce, huyendo de la idea de que el primero se anticipó al segundo y examinando las vías abiertas para una mejor entendimiento de ambos autores, tratando de explorar qué podría ser un pragmatismo que considerase pertinente la información histórica para la formación y la comprensión de la mente humana. En la primera parte indagaré en la relación entre Vico y el pragmatismo, a partir de las raíces retóricas y poéticas de la semiótica. En la segunda, exploraré las relaciones entre el desarrollo del lenguaje, clave en el enfoque histórico de Vico, y la constitución de la semiótica peirceana, tan interesada por la interacción entre acciones y pensamiento. En la tercera y última sección volveré a la semiótica para examinar las consecuencias de una interpretación de Vico en términos tanto históricos como funcionales acorde con el pragmatismo, por encima de las barreras históricas que se alzan entre ambos autores.

1.1. En 1969 Max H. Fisch (1928-1967), traductor de Vico y editor de Peirce, publicó *Vico and Pragmatism* en el volumen colectivo editado por Giorgio Tagliacozzo y Hayden V. White, *Giambattista Vico. An International Symposium*.¹ Allí, Fisch exploraba el origen del pragmatismo y ponía en relación Vico y Peirce sobre la base de lo que habrían sido sendas revueltas significativas contra Descartes. Seis años más tarde aparecería el *Trattato di semiotica generale*, de Umberto Eco, donde Peirce y la abducción comenzarían su amplia expansión universitaria y con el que de alguna manera obtendrían un generoso y provechoso reconocimiento intelectual.² Eran los años del estructuralismo, esa primera patria europea, y Roman Jakobson nos acababa de enseñar, inspirado en Peirce pero también en Lévi-Strauss, la función de guía que la lingüística había adquirido en el conjunto de las ciencias humanas.³ En esa patria europea que definimos como estructuralismo, el americano Peirce jugaría un papel decisivo, alumbrando una disciplina que tanto había de servir para clasificar peces como para describir botones, por decirlo con argumentos de Eco.⁴ Bromas aparte, la idea de una ciencia de los signos que abrazara el carácter simbólico y ordenado del conocimiento humano parecía ofrecer una perspectiva prometedora para establecer comparaciones en diagonal entre modos de conocimiento⁵ –y desde luego, el estudio de la literatura, convertido en literatura comparada y en teoría de la literatura, habría sacado buen partido de ello.⁶

Pero aquí no me quiero ocupar especialmente de la historia de la semiótica. A lo sumo, me gustaría comentar cómo en algún ámbito la ciencia de los signos (en expansión) no ignoró o solapó el saber antiguo procedente de la retórica y la filolo-

gía. Roland Barthes a mediados de los años Sesenta dictó unas lecciones sobre *L'ancienne rhétorique* que serían consultadas y reproducidas regularmente por estudiantes de diversas generaciones posteriores.⁷ En cualquier caso, las circunstancias de los años setenta del siglo pasado iban a poner en cuestión la continuidad entre las disciplinas filológicas clásicas, *à la Curtius*, por decirlo así, y el moderno despegue de la semiótica y las disciplinas de la comunicación. Mientras el esquema del emisor y el receptor de Jakobson daba la vuelta al mundo, Tzvetan Todorov publicaba *Théories du symbole*, donde pasaba revista a la tradición social y cultural de la retórica y examinaba las causas de su colapso a principios del siglo XIX.⁸ Iba a ser muy difícil, pues, conectar el saber filológico y retórico con las perspectivas que abría la semiótica para el estudio de la capacidad simbólica humana, aunque estudiosos como Eco y muchos otros se desvivieran por reconstruir una historia de los signos –donde aparecía de forma breve Vico, envuelto entre la metáfora y la *inventio*–.⁹ El juego de la *anticipación* se revelaba peligroso: los avances recientes convertían a los antiguos en epígonos invertidos, en supuestos anticipadores de las grandes intuiciones contemporáneas. De manera que un enfoque equilibrado que tuviera algún interés histórico empezaba a resultar una empresa difícil. Las aportaciones de Roman Jakobson a la historia de la lingüística y las ciencias humanas dejarían en un segundo término su notable asimilación de Peirce –Peirce, tan impregnado de la tradición lógica y retórica europea antigua–. La propia trayectoria vital de Jakobson, saliendo de la Rusia revolucionaria, recorriendo una Europa convulsa, y ejerciendo finalmente de profesor en Massachusetts, es de algún modo significativa para la deriva de las disciplinas, y el gradual entorpecimiento del acceso a las fuentes tradicionales.

Mi tesis es que la recepción de Peirce en el contexto del estructuralismo oscurece otras cosas. El trasvase de saber que supone el *linguistic turn* de finales de los años Sesenta deja en el trasfondo las particularidades del saber retórico clásico. Aunque hay correspondencias claras, por el camino desaparecen ideas básicas y los nombres pasan a tener otro significado. La indagación sobre el papel de la historia en la construcción del pragmatismo supone impregnarse de las conexiones latentes entre la disciplina emergente y las que desaparecen en el horizonte. Significa también deshacerse de las adherencias insidiosas de los significados habituales y explorar orígenes, relaciones y motivos. Vista así, la semiótica de Peirce aparece como una empresa radicalmente diferente, encaminada a demostrar que la trama lógica de nuestras argumentaciones es el producto de relaciones entre signos y que el pensamiento es el resultado de nuestra mente enfrentada a los acontecimientos. El tema tendría que despertar el interés también por indagar en las raíces y las ramificaciones históricas de la arquitectura peirceana de los modos de significar. Como señalaba Fisch, explorar las posibles correlaciones entre las revueltas más significativas contra Descartes.

1.2. Fisch abordó los puntos esenciales de conexión entre Vico y el pragmatismo: la tópica ante la crítica, el valor del *ingenium* y la *inventio*, y sus implicaciones en el orden de los estudios, la conversión *verum-factum*, anclada en la lengua latina y base de la nueva metafísica viquiana, la relación complementaria entre filología y filosofía en las diferentes *ciencias nuevas*, y el descubrimiento de la ciencia humana de la historia a partir de la indagación sobre los orígenes. En todo ello, la pretensión de una mente independiente, separada del cuerpo y de la acción, auto-suficiente para generar demostraciones ciertas, quedaba gradualmente en cuestión. La mente humana crea e inventa en la oscuridad, no necesariamente se conoce a sí misma, se conoce a través de lo que hace; el pensamiento es una forma de acción, y los argumentos requieren el crisol de los hechos. Los hechos: el centro característico de la verdad, constituido como el resultado de la acción (“lo que hacemos”). La metafísica viquiana, anclada en la filología, había introducido un criterio trascendental, apoyándose en Bacon y en los escolásticos, que le iba a permitir construir su propia arquitectura del conocimiento: la mente, ignorándolo todo, es como hace las cosas. Es en la propia acción que la mente se conoce y, inversamente, pensar es un modo de hacer. Necesitamos indagar en las palabras, en la historia de las palabras y en los hechos históricos, para comprender cómo se ha formado la mente, cómo se ha llegado a pensar de este o de otro modo. La pretensión de la filosofía de establecerse como fundadora del pensamiento, primero con Platón, luego con Descartes, se revela como un error, o quizás como un producto de la misma perspectiva eufórica de la actividad reflexiva: la filosofía y sus productos más elaborados, la lógica y la crítica, son la consecuencia del curso de la mente, que no empieza sabiéndolo todo, sino ignorándolo todo: *ignari hominumque locorumque erramus*.¹⁰ Ese curso revela un determinado orden, perceptible en los signos, que Vico aborda y analiza como formas de significación, valiéndose de la retórica y la filología. La tópica precede a la crítica, de la misma manera que los escritores preceden a las academias. La etimología de las palabras pone de manifiesto su origen concreto, a menudo corporal o dinámico, siempre distinto al significado habitual que damos por sentado. Nos equivocamos poniendo en el lugar central una mente autónoma capaz de discernir a través del uso de la razón, de forma independiente del contexto. La mente que demuestra y razona depende de la realidad misma que la envuelve y la configura, y a la que ha de volver cada dos por tres para comprobar sus errores. Se parece más al artesano de Sócrates que configura con sus manos sus creaciones, corrige y aprende al mismo tiempo.

Peirce, el fundador del pragmatismo, comenzó poniendo en cuestión el realismo de la lógica demostrativa de la Edad Media, celebrando la argumentación probable, la inducción y la hipótesis. Intentando entender cómo se construían los diferentes tipos de argumentos, tomaba distancia de las supuestas primeras verdades de Aristóteles y Descartes. Igualmente importante fue su respeto por los hechos, adqui-

rido al calor de la ciencia moderna, un tipo de conocimiento que le parecía plagado de dudas, sometido al criterio de los investigadores competentes, capaces de aumentar las dimensiones del saber, sin límites determinados. Aquí se forma su noción de lo real, sobre la explicación de hechos como “las conexiones entre mente y cuerpo, en la percepción, en el dolor, en la acción”, para los cuales el dualismo cartesiano no aportaba respuestas.¹¹ En la investigación, unos errores se compensan con otros, así se abre camino lo que Peirce llamaría la lógica del descubrimiento, encontrar para una idea efectos sensibles y hábitos de acción. Como le gustaba decir, los conceptos tienen consecuencias prácticas, y esas consecuencias son parte de nuestra elaboración de los conceptos. Partió del griego *pragma* para dar cuenta de ese círculo virtuoso, la construcción de las ideas en relación con la acción, y la acción propia de las ideas entendidas como formas de hacer cosas. Alejado, equidistante, tanto del empirismo como del mentalismo, su idea de la mente contemplaba tanto las condiciones físicas de su formación como las condiciones psíquicas que permitían entender propiedades complejas y extrañas. La naturaleza del pensamiento son signos, señales. Las leyes de la naturaleza son hábitos adquiridos, que comienzan con la casualidad, y con el tiempo y el crecimiento acaban pareciendo necesarios. “La única teoría inteligible del universo es la del idealismo objetivo, que la materia es mente desvirtuada [*effete mind*], y que los hábitos arraigados se convierten en leyes físicas”.¹² El mundo no es simplemente el objeto de nuestra contemplación; nuestra mente es parte de ese mundo, está hecha de igual modo. Participamos en un mundo que a la vez es parte de nosotros, construidos con esfuerzo y con errores:

“El hombre hace la palabra, y la palabra no significa nada que el hombre no haya hecho que signifique, y esto sólo para algunos. Pero dado que el hombre sólo puede pensar por medio de palabras u otros símbolos externos, éstos pueden revolverse y decir: ‘Tú no significas nada que no te hayamos enseñado, y, aun así, sólo en la medida en que te vales de alguna palabra como interpretante de tu pensamiento’. De hecho, pues, los hombres y las palabras se educan recíprocamente unos a otros, cada incremento de información de un hombre implica y es implicado por un incremento correspondiente de información de la palabra.”¹³

Desde luego, cabría escribir una historia de las ideas pragmáticas, que tanta relevancia han tenido en lingüística, reuniendo aportaciones de autores muy diferentes. Fisch apunta que esa historia podría indagar también cómo Vico y los pragmatistas malinterpretaron a Descartes en alguna medida. Un capítulo aparte sería la metafísica que se desprende del *verum-factum*, la idea de que nosotros somos criaturas en este mundo terrenal que a la vez somos capaces de crear, de

inventar, en alguna medida limitada, y a su vez nosotros mismos somos el producto de esa invención.¹⁴ Me gustaría subrayar el tema del círculo virtuoso, que representa lo esencial del nudo pragmático. El checo Comenius (1592-1670) lo expresaba en modo sentencioso, *fabricando fabricamur*, haciendo cosas nos hacemos a nosotros mismos. Ese carácter recursivo lo encontramos también en las palabras, que adoptan continuamente nuevos significados y se adaptan a circunstancias imprevistas. Vico destacaba el origen metafórico, figurado, de nuestras expresiones habituales, reconociendo la naturaleza del cambio. Peirce señaló que los *símbolos* (las palabras) crecen, se desarrollan a partir de otros símbolos, *omne symbolum de symbolo*.¹⁵

El tema pragmático fundamental es la interdependencia. Los significados no son contenedores estancos que albergan siempre ideas claras y distintas. El pensamiento no es el principio, sino el resultado de un proceso de interacciones complejas. Es más adecuado suponer que la acción es una condición del pragmatismo y que pensar o decir es una forma de hacer, en el doble sentido de *doing* y *making*. En Vico eso se expresa en el círculo virtuoso del *verum-factum*, envuelto en la historia humanística y en interminables cadenas etimológicas de hipotéticas redes semánticas. En Peirce esa idea se expresa al calor de la ciencia moderna, sobre la base de la lógica medieval y después de grandes gigantes como Hume y Kant. Peirce quiso sustituir los *a priori* kantianos por aprioris semióticos. Aproximadamente un siglo antes, G. K. Lichtenberg, que era físico, temía que los *a priori* de Kant fueran sólo propiedades de nuestra manera de pensar. Peirce acabó sugiriendo que era más útil pensar en la ciencia (y en el conocimiento) en términos de información, y esa idea acabaría extendiéndose en la medida en que fue posible sistematizar (codificar y descodificar) la información con las tecnologías artesanas de los primeros años Sesenta del siglo pasado.

De manera que el pragmatismo impugnaba la tesis de un pensamiento aislado del contexto, sugiriendo alternativamente un método, igualmente científico y crítico, que detectase su evolución y conformación. Vico y Peirce están separados por el enorme abismo histórico del desarrollo de la ciencia moderna, y las conquistas de Hume y Kant. Todo el vocabulario ordinario habrá cambiado, los puntos de referencia se situarán en otros lugares (la invención del metro, la medición de la tierra), y esa brecha histórica aumenta la dificultad para comprender la relación entre el humanista italiano y el filósofo americano. Cada periodo limita lo que podemos entender y lo que nos es dado explicar, de manera muy precisa. De una lectura correcta de Fisch se desprende, no obstante, que merece la pena indagar en esas condiciones históricas de la comprensión, para ampliar la comparación entre el programa del *verum-factum* de 1710 y la transformación de la lógica en semiótica de finales del XIX.

1.3. Vivimos en un mundo de signos, como estuvimos explicando durante los setenta. Los signos requieren objetos, y estos dos a su vez interpretantes. Existen diferentes clases de signos, según su calidad, sus relaciones o su complejidad. El tema aquí es el orden en que se proponen o se desarrollan. Peirce asumía que su división entre iconos, índices y símbolos partía de las antiguas relaciones de semejanza y contigüidad: los iconos establecen una relación de semejanza, los índices establecen relaciones por contigüidad, los símbolos son signos generales o tipos que establecen relaciones por convención. Los símbolos, que denotan clases de cosas, y “viven en las mentes de aquellos que los usan”, presuponen relaciones icónicas e indiciales, que representan la trama básica de la significación.¹⁶ Thomas A. Sebeok¹⁷ situó las relaciones primarias, icónicas o de semejanza, tan presentes en el mundo de la vida y la comunicación en diversos órdenes, en el contexto de la tradición de los modos de asociación.

Las raíces de esa macroclasificación se encuentran en la retórica y en la poética, pero la cuestión ha tenido y tiene un interés difícil de ignorar. Las relaciones de semejanza se oponen típicamente a las relaciones de contigüidad o coexistencia. Locke y Hume se refirieron a ello extensamente, destacando las trampas lógicas y los equívocos subyacentes a la partición. Sir James Frazer la utilizó de forma fructífera para describir a gran escala dos tipos de magia, la magia homeopática (o mimética, que operaba por semejanza) y la magia contaminante (que operaba por contacto). Freud partió del mismo lugar para establecer el desplazamiento y la condensación (basados en la contigüidad) al lado de la identificación y el simbolismo (basados en la semejanza) en su investigación sobre la estructura de los sueños. Roman Jakobson nos enseñó que los dos modos prominentes de asociación tenían que ver con dos modalidades de problemas neurolingüísticos, los desórdenes de la semejanza, que manifiestan problemas con el código lingüístico, relacionados con la afasia sensorial, y los desórdenes de la contigüidad, que manifiestan problemas con el contexto y la sintaxis, relacionados con la afasia motora. La idea de Saussure de establecer por un lado asociaciones paradigmáticas (o por semejanza, del código) y por otro asociaciones sintagmáticas (o por contigüidad, del mensaje) tiene el mismo origen. El antropólogo Edmund Leach utilizó la partición para analizar el ritual y el simbolismo en términos de mensajes y códigos, y añadió a la lista la partición en música entre melodía (donde los elementos se enlazan en el mensaje) y armonía (donde los elementos se enlazan en el código).¹⁸ El tema continúa vivo en las ciencias cognitivas en términos de relaciones reticulares (o locales, en el mensaje) y relaciones jerárquicas (o globales, en el código).

La partición entre mensaje y código equivale a la división entre relaciones *in praesentia* (en la coexistencia, en el mensaje) y relaciones *in absentia* (por la semejanza, en el código); las primeras son conjuntivas (relaciones y), mientras que las segundas son disyuntivas (relaciones o). Pues bien: este patrón puede implicar a

su vez el hecho de que unas relaciones sean discretas, definidas y las otras continuas o no discretas, indefinidas. El mensaje, el discurso, es por definición no discreto o continuo, mientras que el código es por definición discreto o definido (o finito, también). La idea de unas relaciones discretas o definidas ante unas relaciones continuas o indefinidas parece estar en el fondo de la antigua partición retórica entre *verba* (palabras, unidades discretas) y *res* (nociones, contenidos, sentido). Esta partición ha tenido un desarrollo propio y una importancia independiente en la discusión filosófica (como fue el caso de las controversias entre nominalismo y realismo), e implicaciones en diferentes ámbitos del conocimiento (como por ejemplo en el desarrollo del cálculo diferencial, que acabó produciendo la distinción entre interés nominal e interés real).

Las antiguas ciencias del discurso (o *trivium*, las *artes sermocinales*, que contrastaban con las *artes reales*, el *quadrivium*) descubrieron dos veces estos modos genéricos de asociar. En poética, las asociaciones por semejanza se llaman metáforas y las asociaciones por contigüidad, metonimias. En retórica, las relaciones discretas son entendidas como *verba* (palabras), y las continuas como *res* (contenido, sentido). En todo caso, aunque es en la práctica discursiva donde esas relaciones se ponen de manifiesto, este doble plano no es percibido desde el principio tan claramente en términos funcionales (o de signos, *verba & res*) o en términos figurativos (como tropos, *metáforas vs. metonimias*); en primer lugar porque el mismo vocabulario se usa una vez y otra para establecer nuevas clasificaciones y subdivisiones; en segundo lugar, porque las fronteras entre retórica y poética no son tan claras como nos las imaginamos tras el Romanticismo. En la *Retórica* de Vico, siguiendo la estela clásica, las metáforas y las metonimias son tropos, mientras que las figuras pueden ser de forma y de sentido; ahora bien, sus ejemplos (la casuística que utiliza para ilustrar la teoría) son literarios, provienen de la creación literaria escrita. El lugar común sostiene también que los tropos (o transformaciones) ocurren *en* las palabras, mientras que las figuras ocurren *entre* palabras, de manera que parece que una cosa está imbricada en la otra.

Para Jakobson está claro que la metáfora y la metonimia representan dos orientaciones de la creación verbal, basadas en la polaridad del lenguaje (las dos maneras de asociar, la semejanza y la continuidad).¹⁹ Al relacionar la metáfora con el simbolismo y la metonimia con el realismo, en tanto que estilos, mostró como la estructura del lenguaje (como se llamaba entonces) condicionaba los productos del conocimiento, reutilizando una vez más la antigua matriz *verba & res*. Aquí, de forma productiva, retórica y poética no se separan. El doble plano (palabras y sentido, metáfora y metonimia) fundamenta tanto la creación verbal como el discurso ordinario. El carácter creativo de estas multclasificaciones está fuera de duda. Su reutilización y reaplicación en diferentes ámbitos del conocimiento sugiere que son parte inherente de la manera de crear sentido. Un aspecto fundamental de esa

estructura es la imbricación entre la dimensión funcional y la dimensión figurativa, manifiesta en la tradición entrelazada de retórica y poética, como en el análisis de Cicerón sobre el humor en las cosas y en las palabras, en Freud en su análisis de los sueños o en el mismo Jakobson cuando describe las relaciones *in absentia e in praesentia*.

Peirce entendió, efectivamente, que se trataba de modos de significar, que implicaban una cierta jerarquía lógica. De acuerdo con su idea de los tres universos de la experiencia, las sensaciones, las referencias y las interpretaciones,²⁰ supuso que las relaciones de semejanza fundamentaban las sensaciones, y las relaciones por contigüidad las referencias. Extendió la antigua idea retórica y poética de la mimesis a lo que llamó iconos, relacionados por la semejanza, distinguiendo, en la práctica, entre imágenes, diagramas y metáforas. Apuntó, de paso, que:

“En la forma de habla más temprana, había probablemente un gran elemento de imitación. Pero en todas las lenguas conocidas, tales representaciones han sido reemplazadas por signos auditivos convencionales.”²¹

Desarrolló las relaciones referenciales convirtiéndolas en la conexión entre un signo y su objeto, una conexión de hecho, factual, base de la dualidad; y entendió que las interpretaciones subsumían semejanza y contigüidad en forma de tipos abstractos, los símbolos, que se relacionaban entre sí, aceptando la recursividad (la reinterpretación, base de la relación triádica). En su proyecto de transformar la lógica en semiótica, reconstruyó los viejos problemas trasladándolos a una arquitectura elegante. Supuso un cierto orden lógico, una progresión,²² compatible con la idea de la coexistencia relativa de los tres modos de significar.

Vico sostenía en la *Retórica*, de acuerdo con la tradición, que la existencia de los tropos respondía a la insuficiencia de las palabras ante la abundancia de las cosas, de manera que

“cualquier lengua se ve privada de un vocablo propio para expresar muchas cosas, y por esta razón hubo de recurrirse a otros extraños, como cuando decimos que ‘los campos están sedientos’, que ‘los frutos se encuentran en mal estado’, ‘un hombre duro y áspero’ ”.²³

Como sabemos, hizo de la mimesis y la figuración el punto de partida de su reflexión sobre los signos, en lo que sería una invitación en toda regla a desconfiar de lo que llamamos ingenuamente el significado literal. Y llevó más allá su idea de la progresión retórica, apuntando que a través de la metonimia y la sinécdoque se construían las referencias y los tipos abstractos, necesarios para el desarrollo de la razón, que pronto encontraba en la ironía (y su inverso, el engaño) un modo de

expresión adecuado, ya que los modos de significar acompañaban el desarrollo conjunto de la historia humana y el lenguaje.²⁴ Y aquí, como en Peirce, la progresión retórica o semiótica resulta compatible con la coexistencia relativa de los modos de significar.²⁵

Jakobson, como hemos visto, desarrolló consistentemente su idea de la polaridad del lenguaje, asociaciones por semejanza en el código y asociaciones por contigüidad en el mensaje, que resulta tan interesante aún para la investigación contemporánea. En una dimensión tenemos palabras, en la otra discurso. Pues bien: desde Wilhelm von Humboldt estamos familiarizados con alguna versión de los tres niveles lingüísticos o su equivalente, la doble articulación²⁶: el nivel fonológico, el nivel morfológico y el nivel sintáctico, tres niveles con dos transiciones. En un extremo tenemos los sonidos, en el otro los significados. La primera transición forma las palabras (sonidos que reciben índices), la segunda el discurso (palabras que se relacionan entre sí). Las dos transiciones responden a las formas de asociación previstas por Jakobson. Complementariamente, los tres niveles se corresponden con los tres modos de significar: las sensaciones, imágenes acústicas, en el caso de los fonemas; las referencias, o sea los sistemas indiciales de la morfología (como señaló extensamente Peirce²⁷), o los tipos de *shifters* de Jakobson²⁸; y las interpretaciones: en Peirce, el curso del pensamiento, símbolos que remiten a otros símbolos; en Vico, el discurso articulado, con el que “las mentes de los pueblos llegaron a hacerse más ágiles y abstractas”.²⁹

Los modos de significar de Peirce tienen sus raíces en antiguas y poderosas maneras de crear sentido, descubiertas por la retórica y la poética, y utilizadas por Vico en su reconstrucción de la historia humana y el acceso al pensamiento. Esos modos de significar y la jerarquía lógica consiguiente parece que juegan un papel constitutivo en el desarrollo del lenguaje, una fórmula universal de tres niveles y dos transiciones que descubrimos en las diferentes lenguas del mundo. Peirce no se ocupó directamente del lenguaje, aunque salpicó sus definiciones aquí y allá de ejemplos gramaticales, y en la difusión de su programa semiótico el carácter progresivo de los signos es muy a menudo dejado de lado. Vico, por el contrario, desarrolló un programa histórico completo, y se ocupó explícitamente del lenguaje, pero sus conexiones con el pragmatismo y la filosofía de Peirce no aparecen necesariamente en un primer plano. La idea de explorar el desarrollo del lenguaje atendiendo a los modos de significar parece una manera correcta de relacionar a los dos autores, aplicando el programa de Fisch a la cuestión del papel de la historia en la comprensión de la mente humana.

2. El interesante ensayo de Terrence Deacon sobre la evolución del lenguaje invoca singularmente la semiótica de Charles S. Peirce desde sus capítulos iniciales.³⁰ Singularmente porque, aunque remitirse a la idea del carácter específicamente sim-

bólico del lenguaje humano es ya un lugar común, no lo es tanto, por poco que repasemos la bibliografía reciente sobre bioantropología y emergencia del lenguaje,³¹ relacionar la progresión peirceana de la imagen, el índice y la interpretación con las investigaciones de finales del siglo XX y principios del XXI sobre la evolución lingüística y cognitiva. En ese punto, el mérito de Deacon es haber respetado la progresión semiótica y haber ofrecido una descripción completa y afortunada de la interacción entre los diferentes niveles que habrían dado lugar a las lenguas humanas como las conocemos hoy, lo que Deacon llama la coevolución de la mente y el lenguaje.

El argumento de Deacon es que el lenguaje representa una especie de continuación externa del desarrollo de la mente, cuya evolución “no tuvo lugar ni dentro ni fuera del cerebro, sino en la interficie donde los procesos de la evolución cultural afectan a los procesos de la evolución biológica”.³² Deacon no cita a Vico, ni por otra parte a Sebeok, que tanto contribuyó a una semiótica del mundo de la vida, y que postulaba, siguiendo en eso a Peirce, que la semiótica podría ser la disciplina que estableciera conexiones adecuadas entre las ciencias naturales y las ciencias humanas (más allá de peces y botones), un argumento que Deacon hubiera podido manejar perfectamente. Su correspondencia entre progresión semiótica, construcción de la mente humana y desarrollo del lenguaje, establecida con éxito a lo largo de *The Symbolic Species*, tiene un corte decididamente pragmático, mostrando cómo la acción interviene en la construcción del pensamiento y el pensamiento a su vez ayuda a constituir formas de acción.

Para Deacon, siguiendo a Peirce, los *símbolos* son signos desvinculados de su contexto inmediato, implicados entre sí de muchos a uno y de uno a muchos (de manera que los significados se reconstruyen y se retroalimentan); constituyen la generalización categorial o lógica y aligeran la carga de la memoria; típicamente, no están localizados en ningún sitio:

“La naturaleza sistémica de la referencia simbólica sugiere que la representación de las asociaciones simbólicas en el cerebro tiene que estar distribuida en diferentes regiones cerebrales, aunque clases similares de palabras tendrían que compartir rasgos neuronales comunes. [...] Como cada forma de relación representacional de nivel superior se ha de construir o descomponer desde o hasta niveles inferiores de representación, cabe esperar que sus representaciones neuronales muestren también una estructura jerárquica inclusiva. Tendría que haber una especie de recapitulación segmentada de la jerarquía de adquisición, en direcciones opuestas, según si una relación simbólica se construye o se interpreta –del icono al índice y al símbolo, o del símbolo al índice y al icono, respectivamente–.”³³

Así, al nivel inferior, las relaciones icónicas tienen que ver con las modalidades sensoriales; las asociaciones indiciales de segundo nivel entre palabras y objetos referidos conciernen a relaciones transversales (como el sonido y la visión); y la recapitulación simbólica de conjuntos de relaciones icónicas e indiciales es útil porque permite ahorrarse toda la red de asociaciones concretas entre palabras y objetos –constituye una especie de atajo memorístico; y hace posible la increíble aceleración en la producción y recepción de información.³⁴

Ahora bien: el objetivo de Deacon es sugerir cómo ese trabajo de progresión semiótica es a su vez el resultado de la evolución bioantropológica. Su línea de trabajo es coherente con otras líneas emprendidas durante esos años y años posteriores sobre la emergencia del lenguaje.³⁵ Aunque hay un cierto consenso para datar la existencia del lenguaje articulado a partir de la aparición del *homo sapiens sapiens*, la discusión sobre las modalidades cognitivas y de comunicación en épocas precedentes continúa abierta y resulta muy interesante. El lapso de dos millones y medio de años que se abre desde las formas de bipedalismo más el primer incremento relativo de las dimensiones del cerebro, hasta la constatación del hecho, parece que más bien reciente, del descenso de la laringe hasta el punto adecuado para la articulación fonética de las diferentes lenguas humanas ha permitido especular con alguna fortuna sobre esas modalidades originales, su función y sus características.³⁶

Vico, de acuerdo con la tradición escrita, describió tres edades en la formación de la humanidad, a las que correspondían tres modos de lengua: la sagrada o lengua de los dioses, la simbólica o por signos (o lengua de los héroes), y la epistolar o vulgar (o lengua de los hombres) utilizada por los griegos “con gran mérito de ingenio, en el que ciertamente aventajaron a todas las naciones”.³⁷ La primera lengua, correspondiente a la primera humanidad, era “una lengua muda mediante signos o cuerpos que tenían una relación natural con las ideas que querían significar”; la segunda se expresó “con enseñanzas heroicas, o sea, por semejanzas, comparaciones, imágenes, metáforas y descripciones naturales”; la tercera fue “la lengua humana mediante voces convenidas por los pueblos, de la cual los pueblos son señores absolutos”.³⁸ Su propia progresión semiótica, de la imitación a los signos, y finalmente al lenguaje articulado, aparecía anclada en la historia concreta de la humanidad, y fundamentaba también la transición retórica y estilística entre el pensamiento mítico y el pensamiento lógico, entre los *universales fantásticos* originales y los *universales inteligibles* o *razonados*, el objeto propio de la lógica. Como veremos enseguida, no hablamos sólo de una transición, sino de una importante coexistencia entre los distintos niveles.

El origen de las lenguas, y concretamente de la *lógica poética* originaria, fue la propia pobreza del habla y la necesidad de explicarse³⁹ –una nueva versión de la insuficiencia de las palabras ante la abundancia de las cosas, el principio pragmático del predominio de la acción–. La indagación sobre la primera lengua le supone

a Vico “abandonar nuestra naturaleza para entrar en la de los primeros hombres”, completamente incapaces de hablar, pero capaces de crear conocimiento, de concebir, por antonomasia y otras transformaciones poéticas. Es divina en la medida en que crea mitos y divinidades, pero no ha desarrollado todavía categorías de expresión, parte de objetos, de propiedades corporales, de semejanzas, de mimesis. La llama muda por analogía con el modo de expresión de los sordomudos (un tema de interés en el s. XVIII), porque es sobre todo icónica y gestual y con un importante componente de representación –en realidad, de la mera presencia de lo que pueda ser tomado potencialmente como un signo, como aquellos grandes “cuerpos” de la naturaleza a los que se atribuían propiedades animadas. Es, por lo tanto, una lengua formada por figuración, más interior que comunicable, “inmersa en los sentidos”, “enterrada en el cuerpo”, una lengua que *nacque mentale*, que nació en modo mental.⁴⁰ La segunda lengua es, característicamente, una transición; combina la figuración con la referencialidad –los caracteres heroicos, cuyo arquetipo es Hércules–. Aquí aparecen los signos, *sémata* en Vico, por eso afirma que esa lengua es simbólica, porque desarrolla modos de expresión a través de referencias y semejanzas, signos no articulados sino aún “descompuestos” (lo cual, dice, es un modo de oscuridad), repartidos en manifestaciones o representaciones: enseñas, emblemas, insignias, medallas o monedas, representaciones en el propio cuerpo, o en términos de objetos concretos que cobran valor simbólico. Estos signos desarrollan la expresión y amplían los modos de significación, creándose designaciones por metonimia, y apareciendo los primeros tipos referenciales por sinécdoque. La tercera lengua es humana, adecuada a “los usos corrientes de la vida”,⁴¹ llamada también epistolar por Vico, por su capacidad para salvar las distancias, de manera que “los que están lejos se comuniquen entre sí las necesidades presentes”.⁴² Consiste en “voces articuladas”, con las distinciones articulatorias pertinentes,⁴³ en “hablas convenidas” que significan *a placito*, por convención, con su diversificación retórica y estilística (“metáforas activas, imágenes vivas, semejanzas evidentes, comparaciones apropiadas y expresiones por los efectos o las causas, por las partes o por el todo, circunloquios minuciosos y adjetivos individualizadores y auténticas digresiones”⁴⁴); lenguas articuladas, fundamento de la sabiduría civil, con las que “las mentes de los pueblos llegaron a hacerse más ágiles y abstractas, de donde después pudieron proceder los filósofos, quienes formaron los géneros inteligibles”⁴⁵ –universales y particulares lógicos. Vico ilustra cada etapa con una batería distinta de ejemplos: la primera, con la génesis de las categorías religiosas y míticas (*poéticas* en su vocabulario); la segunda, con el desarrollo de la semiosis (*sémata*, como refiere Vico) a partir de objetos y referentes en el caso de insignias, emblemas y medallas; la tercera, con el desarrollo de la gramática, las clases de palabras, la sintaxis y el discurso. La progresión histórica viquiana responde ordenadamente a la idea de una progresión semiótica: de la mimesis y la representación, al índice y las referencias, hasta las palabras y las interpretaciones.

La investigación naturalista ha ido dejando claro que, por lo que respecta a la evolución del lenguaje, hoy no estamos hablando de la emergencia repentina de la capacidad lingüística, sino de la combinación de diferentes modalidades cognitivas y de comunicación, más la capacidad de procesamiento de frases, incluyendo el procesamiento sensorial y motor, acelerado en una etapa relativamente reciente.⁴⁶ En relación con el primer incremento relativo de las dimensiones del cerebro hace aproximadamente dos millones de años, se suele señalar el despliegue de funciones relacionadas con la vista y el movimiento, que enlazan con el conocimiento elaborado del espacio y las relaciones sociales (y el significado del control visual) en los primates, funciones que podemos asimilar fácilmente a la mimesis y a la capacidad de representación y referencial. En esa línea, Deacon sugirió también que el aumento del control manual (implicado en la construcción de instrumentos) y facial (implicado en formas de expresión y reconocimiento social) debía correr paralelo a un cierto aumento del control vocálico, una mejor capacidad para manipular sonidos, en forma de gritos y llamadas.⁴⁷ Los restos, integrados a la cognición, de un escaso control vocálico y respiratorio, son las expresiones inversas de la risa y el llanto.

De manera que seguramente las etapas iniciales de la hominización no contenían palabras, en el sentido actual. La transición hacia el género *homo* comporta acción e imitación, habilidad manual y codificación gestual y facial, junto a una limitada capacidad de articulación vocal, más que capacidad verbal autónoma. La investigación reciente ha asumido que toda esta actividad cognitiva precedió sustancialmente a la actividad lingüística.⁴⁸ De manera que estos primeros homínidos serían prácticamente mudos, en el sentido de que manifestarían sus concepciones con gestos y signos corporales. El *gap* entre concepción y expresión se adecua a lo que señala Vico para sus *bestioni* exaltados y dominados por las pasiones.

Esa mimesis jugó un papel creativo al principio de la hominización, una mimesis reforzada gradualmente por la capacidad manual y la expresión corporal, coordinada con la labor visual. Las manos que manipulaban instrumentos podían acariciar o utilizar los brazos para señalar. Es lógico inferir de aquí que los primeros usos vocálicos también eran imitativos, como había asumido la tradición clásica; el asunto importante es ahora su función ancilar, dependiente. Aunque el bipedalismo y la habilidad manual habían acompañado a las nuevas capacidades cerebrales, permitiendo diferentes modos de reorganización cognitiva, las eventuales codificaciones de signos debían continuar limitadas a lo inmediato, construidas por contigüidad, conviviendo con puras representaciones corporales o vocales y con los primeros sistemas de índices. Si hablamos de una suerte de *multimodalidad* inicial,⁴⁹ hemos de tener en cuenta la predominancia de las imágenes sobre las representaciones, de las imitaciones sobre las señales, de las señales sobre la producción vocálica. Pocos signos, y aún menos señales verbales.

El largo periodo de dos millones de años del que habla Deacon comprendería la codificación de signos corporales y el progresivo aumento de la producción oral, imbricada en estos. Los diferentes tipos de señales debían abrirse camino en un contexto de imágenes y representaciones mentales. Es en este *intermezzo* donde surgen posibilidades de codificación que no pasan necesariamente por la oralidad o por el discurso articulado —una oralidad, que en todo caso debía jugar un papel secundario en esos contextos, y aquí es donde la idea de coevolución cobra fuerza—. La progresiva independencia de la oralidad parece que coexistió y se reforzó con la multimodalidad. En lugar de presentarse como universos separados, corporalidad y gestualidad habrían contribuido a consolidar una relativa autonomía de los signos orales. En ese camino habrían aparecido los primeros emblemas, más tarde las pinturas corporales y otros signos comunitarios amparados quizá por el control del fuego. Vico habla de *sémata*, de signos no articulados y no verbales, que servirían de mediación entre la figuración y las interpretaciones sociales. Aunque hay relativamente pocas descripciones de cómo podrían ser esos protolenguajes, Deacon se aventura con algunas hipótesis, en la línea de su argumento: poco vocalismo y en cualquier caso una limitada variación tonal, muchas consonantes y clics orales, limitación en el orden de palabras (poca sintaxis o ninguna), pequeñas construcciones fijas “incluidas en una matriz de gestos y entonación exagerada”.⁵⁰ Un mundo de referencias, no sistemático, o progresivamente sistemático, una batería cognitiva a medio camino entre la pura representación mental y la independencia relativa que proporcionan las lenguas articuladas.

Hay un cierto consenso en atribuir al desarrollo relativamente reciente del *homo sapiens*⁵¹ la disposición anatómica de una laringe baja que permite una articulación completa, la aceleración de los sistemas de procesamiento sensorial y motor y la singularidad del crecimiento cerebral postnatal, lo que se conoce como altricialidad secundaria, todo ello unido a la necesidad de un extenso periodo de crianza, una larga *paideia* seguramente ya activa y presente —lo que se suele llamar el retraso del reloj biológico, un proceso, como asumen Jay Gould y Deacon, en funcionamiento durante toda la evolución de los homínidos—. El resultado de la conjunción de esas características parece que fue la autonomía de la comunicación oral, la *emergencia* de lenguas articuladas,⁵² sobre el fondo cognitivo y semiótico anterior. Esta aceleración de tercer nivel, tras la difusión de signos multimodales y el desarrollo de la mimesis, habría dado paso a la aparición del arte —y la construcción de instrumentos artísticos; volcando las posibilidades funcionales sobre el canal verbal, se aceleraban los procesos cognitivos que daban lugar a descubrimientos y nuevas formas de organización social; finalmente, la forma de conocimiento fundamentada en el lenguaje oral consolidó la lateralización del cerebro, que reservaba la sintaxis y la capacidad de procesamiento lingüístico para el hemisferio izquierdo, y la coordinación espacial y temporal (pragmática) para el derecho, requiriendo en cualquier caso una actividad complementaria y en tándem.⁵³

Ganamos alguna cosa si distinguimos la consolidación de las lenguas articuladas, más bien tarde en la filogénesis, de un largo periodo (por ejemplo, desde la invención del fuego) en el que una oralidad incompleta ayudada por la comunicación multimodal elaboraría series de signos sociales que podrían ser aprendidos gracias a una *paideia* extensa, al retraso del reloj biológico, que habría permitido una cierta organización flexible de las funciones cognitivas; signos sociales que habrían crecido en el contexto de una extraordinaria expansión cognitiva de la mimesis, entendida como capacidad figurativa inicial. Lo que resulta interesante de este enfoque, sustancialmente coherente con la investigación contemporánea, es la fidelidad al planteamiento inicial de Deacon de darle contenido histórico a la progresión semiótica. Éste era también el programa de Vico, que suponía estados mentales distintos para cada etapa, y la imbricación relativa de esos estados en la complejidad de la cognición moderna. Si eso es así, la idea de Peirce de una semiótica transversal que recorriera las ciencias naturales y las ciencias humanas parecería singularmente bien fundamentada.

3.1. Thomas Sebeok dedicó su labor investigadora a elaborar una semiótica del mundo de la vida, desarrollando el programa de Peirce a partir de las ciencias naturales, y suponiendo una progresión semiótica en espiral, donde se podían encontrar procesos complejos en formas elementales de vida, y, al revés, procesos simples en formas complejas. Su semiótica evolutiva abogaba por distinguir entre la *comunicación*, como proceso semiótico general relacionado con la aparición de la vida en la tierra, el *lenguaje*, el tipo particular de códigos que una especie pueda desarrollar para informar o comunicarse (corporal, gestual, o de otros tipos), y el *habla*, la singular *exaptación* de la especie humana basada en las lenguas articuladas.⁵⁴ Tuvo presente a Vico y su propuesta de nacimiento de la semiosis con la figuración, y se ocupó de destacar los lazos que unían al italiano con la investigación de Ernst Cassirer sobre las *formas simbólicas* –quizás, el filósofo más afín al programa viquiano desde Peirce–, y con los sugerentes ensayos de Susan K. Langer, que tanto ayudaron a entender la semiótica durante la primera posguerra mundial al otro lado del Atlántico.⁵⁵

Su estela es claramente visible en los trabajos de Danesi, especialmente en *Vico, Metaphor, and the Origin of Language*,⁵⁶ dedicado a integrar el programa viquiano con las investigaciones contemporáneas sobre el desarrollo del lenguaje. Uno de los objetivos de Danesi es relacionar la figuración original de Vico con la investigación cognitiva contemporánea sobre la metáfora, entendida como capacidad operativa generadora de categorías lingüísticas y conocimiento. En su reconstrucción del escenario inicial viquiano ante los conocimientos filogenéticos y contemporáneos, recuerda el comentario de Sebeok sobre la precedencia de una etapa no verbal en curso de la hominización:

“Al principio el lenguaje no se usaba para la comunicación exterior, sino sólo como un dispositivo de orden interno [*interior modeling device*]. Los miembros de las primeras especies de homínidos se comunicaban entre sí por medios no verbales, como hacen otros primates.”⁵⁷

Aunque Danesi no hace un uso estricto de la progresión semiótica, ni de las categorías peirceanas (al revés que Deacon), su desarrollo del iconismo y de la capacidad metafórica es consistente con las propuestas de la lingüística cognitiva, y añade ingredientes sustanciales y creativos a la propuesta de coherencia de la semiótica con el programa viquiano.⁵⁸

En esa línea de coherencia, los trabajos de Jürgen Trabant aportan una claridad especial.⁵⁹ En primer lugar, atento a los significados antiguos y a los problemas históricos de traducción, subrayó que la *lógica poética* de Vico suponía, efectivamente, haber entendido la palabra y el pensamiento en términos de modos de significación –por tanto en términos semióticos, en paralelo a la manera como Peirce sugirió entender la lógica tradicional como semiótica–. En segundo lugar, destacó que la pareja cognición-comunicación, base de la organización funcional del lenguaje, tenía un trasunto relevante en la progresión semiótica viquiana, que Trabant llama *sematogénesis*, y que entiende que supone una impugnación de la tradición *logocentrista* (foneticista, “lenguajista”) que aboga sólo por describir las lenguas como comunicación –una parte importante del mito moderno implicado, tristemente y paradójicamente, en la difusión de la obra de Peirce–. Aunque no se interesa especialmente por desarrollar la correspondencia con las categorías semióticas de Peirce,⁶⁰ Trabant recuerda la preferencia viquiana por la precedencia de la cognición y describe la génesis de los signos (*sémata*, aquí, con sus contactos y sus semejanzas) como etapa previa al desarrollo de las lenguas articuladas, fundamento de la significación convencional, que permite reformular una y otra vez formas y significados.

En tercer lugar, en su análisis de la cognición viquiana, Trabant evoca y asume la naturaleza corpórea, visual, de la primera mimesis (los *cenni, atti* y *corpi* de Vico), y su traslación al sistema de signos y objetos con la etapa intermedia. En esa traslación, y por tanto en la misma *sematogénesis*, la vinculación establecida por Vico entre escritura (sus *caracteres*) y cognición adquiere sus dimensiones correctas:

“Que *lettere* y *lingue* son gemelas, es el mensaje que Vico contrapone fervorosamente a las monstruosas opiniones de otros teóricos. Bajo *lettere* concibe Vico no sólo la letra, sino todo lo escrito, la semiosis visual en

suma, los signos visuales de la semiosis divina y heroica. Por ello, *scrivere* significa para él no el ‘escribir’ en el sentido de un dispositivo de registro de la lengua, sino el producir signos visuales en general, independientemente de la lengua. También los *cenni* y *atti* del principio constituyen tal *scrivere*. [...] En cuanto a lo que a la evolución sematogenética se refiere, que se nos presentó en primer lugar como una transición de lo visual a lo fónico, se pone ahora de manifiesto que lo visual era en un principio dominante pero no la única semiosis, y que a lo largo de la evolución semiótica, se fue debilitando más y más (pero sin desaparecer del todo) [...].”⁶¹

En paralelo a la impronta de lo visual (y corpóreo, de acciones y movimiento), Trabant destaca la relevancia de lo oral, entendido en la dimensión del canto. Vico, en paralelo a la tradición europea coetánea, proclama el canto y el verso como previos al habla y a la prosa. No deja de tener su interés que la idea del canto, una facultad típicamente humana pero no exclusivamente, reciba hoy atención por parte de la investigación sobre el desarrollo del lenguaje, como un componente práctico más de la multimodalidad sustancial previa a la emergencia de las lenguas articuladas y enlazada con éstas.⁶² Como escribe Trabant:

“Cuando afirmamos anteriormente que las primeras semiosis visuales pretendían superar la espantosa brutalidad del mundo, mediante un doble movimiento mimético, bien igualándose el mundo a ellas, o bien igualándose ellas al mundo, parece ahora [...] que la finalidad del canto fuera algo diferente, a saber, no ya la superación de la brutalidad de la objetividad, sino el vencimiento de la brutalidad subjetiva [...]. *Sfogare le passioni*, desfogar las pasiones o dar rienda suelta a las pasiones es, evidentemente, la función principal de este cantar. No el descubrimiento del mundo, sino el autodescubrimiento parece ser pues, la primera función del canto. Pero no podemos limitar el canto a esta función. Éste desempeña enteramente, por otra parte, la misma función mimética que el baile o el dibujo, es decir, la función de representar objetos del mundo y es, a este respecto, exactamente como los *atti* y *cenni* y otros *sémata*, imitación de la objetividad.”⁶³

Formas de mimesis, representaciones asignadas a diferentes funciones cognitivas.

El predominio relativo, en diferentes épocas y momentos, de lo gráfico (los caracteres), emparentado con lo visual, o de lo fonético más tarde, ante lo acústico (el canto) o lo cinético (el baile), es parte de esta historia. Resulta singular que el término *icona* consagre el predominio del modo de representación visual, ante otros modos como el acústico o el táctil o háptico.

Last but not least, Trabant aborda la cuestión de la compatibilidad de la sematogénesis (diacrónica) con la coexistencia funcional (sincrónica) de los modos de significar, una de las piezas más importantes del rompecabezas viquiano. Zagarella⁶⁴ ha desarrollado recientemente esa idea, argumentando en favor de la contemporaneidad de las dos interpretaciones, la diacrónica o cronológica y la funcional o fenomenológica. Recuerda que Trabant defendía que la contemporaneidad de signos, imágenes y palabras, en paralelo a “los índices, iconos y símbolos, como Peirce define los tipos fundamentales de signos en su relación con el objeto”, fundamenta el funcionamiento de la semiosis humana.⁶⁵ Sematogénesis y semiosis aparecen, pues, como dos caras de la misma moneda. Lo diacrónico permanece en lo funcional y lo funcional remite a lo diacrónico. Las tres edades que contienen la progresión semiótica componen a su vez (Vico *dixit*) el diccionario mental común de todas las naciones, el cual es a su vez el vocabulario de la *Ciencia Nueva*. “Las tres lenguas subsisten una al lado de la otra en la sucesión temporal y concurren además en la formación de los pensamientos y razonamientos humanos”.⁶⁶

3.2. Si tenemos en cuenta la progresión semiótica descrita por Peirce, en términos de *primeridad, segundidad y terceridad*, acumulativas, patente en sus tres universos de experiencia,⁶⁷ la idea de la compatibilidad entre la dimensión funcional y la histórica aparece también con claridad. Sus signos son a la vez manifestaciones de un origen y establecimiento de un funcionamiento. Dicho a la manera de Vico: “Las propiedades inseparables de los asuntos deben ser producidas por las modificaciones o circunstancias con que las cosas han nacido”,⁶⁸ e igualmente, “el orden de las ideas debe proceder según el orden de las cosas”,⁶⁹ otra vez el requerimiento pragmático, sumado al papel de la historia en la construcción de la mente.

Seguramente estamos en mejores condiciones para entender la cuestión de la imbricación entre la dimensión funcional y la histórica, clave en Peirce e importante en la progresión establecida por Vico, si recurrimos a la noción de *rottami*, restos o vestigios: unos vestigios como el par de verdades filológicas que nos legaron los antiguos egipcios (las tres edades y las tres lenguas), “tan maravillosos como sus pirámides”,⁷⁰ como Vico expresa al principio de la *Ciencia Nueva* –un poco como escribió Mary Douglas a propósito de Lévi-Strauss, “comprender de qué modo [un sistema semiótico] ejerce su poder sobre sus miembros equivale a excavar en una zona de la prehistoria adonde nunca podrán llegar ni los picos ni las palas”–.⁷¹

La transición entre historia e historia natural parte de la posibilidad de encontrar vestigios de épocas anteriores en un corte sincrónico del presente, a modo de capas que indiquen su antigüedad. Si al inicio corresponde el arranque del proceso de humanización, las trazas del proceso se han de poder observar en el resultado, más complejo, y también en términos de posibilidades funcionales. Las lenguas articuladas se entrelazan con la figuración, la gestualidad y la referencialidad;

tenemos elementos poéticos, en forma de metonimias y sinédoques productivas, enredados en la estructura actual de las lenguas modernas. La idea de un río entremezclándose con el agua del mar, conservando durante un buen tramo su propia agua dulce —la famosa metáfora viquiana, casi el fundamento de la crítica de fuentes, o crítica hidráulica— resulta clarificadora para explicar la imbricación funcional e histórica de la semiosis.

Lo que emerge aquí es un *décalage* entre los diferentes modos de significar. La lengua de los dioses era prácticamente muda, pero no completamente; la lengua de los héroes, con sus signos, era por igual articulada y muda; la lengua de los hombres es sobre todo articulada y relativamente poco gestual y referencial —poco muda—.72 Esta relación entre imbricación y proporcionalidad abre paso a revisar las características funcionales y su distribución relativa en términos de información histórica, de manera que el presente se vuelva elocuente sobre el pasado. Sebeok⁷³ señaló que la investigación llevada a cabo sobre las antiguas lenguas de signos de los aborígenes de Australia central daba a entender que el peso relativo de la iconicidad y la referencialidad era mayor que el de la arbitrariedad, la proporción inversa a la observable en las lenguas articuladas.

Destacar únicamente el carácter convencional, arbitrario, de los sistemas lingüísticos modernos oscurece la cuestión. La capacidad *simbólica*, en el sentido de Peirce, utiliza una vez tras otra la figuración y la metonimia; al lado de las formas estables fijadas por la convención, la gramática consiste en un complejo sistema de *índices*, y tenemos manifestaciones *icónicas*, en forma analógica, cuando utilizamos la capacidad vocálica de manera expresiva. A una capacidad indiscutible de asociar y reasociar, le acompaña la necesidad pragmática de los índices y las referencias precisas, y en menor medida la vehiculación de las manifestaciones directas de las emociones y la acción. Las lenguas contienen pocas onomatopeyas, bastantes sistemas referenciales y una infinidad de capacidad asociativa y reinterpretativa. En esa misma línea, en la conversación ordinaria podemos observar la confluencia de la progresión semiótica, con la participación de la gestualidad, las vocalizaciones expresivas, la entonación marcada y el juego facial. Como observa adecuadamente Deacon:

“Los múltiples apoyos, prácticamente universales, de gestualidad y prosodia de la conversación ordinaria probablemente constituyen hoy vestigios de aquellos sistemas de ayuda que en algún momento resultaron cruciales. [...] Podría ser perfectamente que con la llegada de las habilidades vocálicas modernas, las lenguas asimilaran por primera vez de manera plena muchas de las funciones que antes eran vehiculadas por sus contrapartidas no vocálicas.”⁷⁴

Avanzando un poco más, observaremos que la conversación suele estar animada por locuciones monosilábicas, marcadores discursivos, verbos de percepción, imperativos, formas deícticas y frases cortas. La manera en la que diferentes capas funcionales han quedado consolidadas en las formas de intercambio conversacional nos ofrece pistas importantes sobre la progresión semiótica y el nivel de complejidad adquirido.

Vico sigue un desarrollo funcional, de acuerdo con su hipótesis de la progresión semiótica, cuando aborda la “dificilísima cuestión” de explicar la formación de las lenguas humanas. Su despliegue sigue el criterio de complejidad funcional y gramatical. A la onomatopeya le siguen las interjecciones, voces un poco más articuladas por “el ímpetu de pasiones violentas”; a estas la variedad de pronombres y las partículas, definidas de modo relacional; y finalmente los nombres y los verbos, en este orden, siguiendo tanto la hipótesis de la complejidad creciente como el desarrollo de la lengua durante la infancia. Cuando aborda la descripción de los verbos, Vico apunta tres tipos genéricos: *ser* para las cualidades (metafísicas), *ir* para las propiedades físicas, y *dar, decir o hacer* para las acciones cotidianas o bien sociales (comunicativas), e insinúa una posible estructuración de la complejidad modal y las oraciones, comenzando por el modo imperativo.⁷⁵ Sus tres tipos verbales parecen corresponder una vez más con la progresión semiótica.

Mi argumento es que la posibilidad de encontrar vestigios, restos, muestras de la imbricación de lo funcional con lo histórico, supone que podemos acceder a algún modo de secuencialidad, en el sentido fuerte del término: a un orden, a un sentido de la precedencia. Se trata del mismo argumento válido en ciencias naturales, y no parece una casualidad haber estipulado en la progresión semiótica un orden secuencial. La cuestión importante es la posibilidad de verificar la pertinencia del orden en la misma secuencia histórica. Cuando Vico, al principio de la *Ciencia Nueva*, invoca las tres edades de los egipcios, alude al vínculo, “en número y orden correspondiente”,⁷⁶ con las tres lenguas: jeroglífica, simbólica y convencional. Resulta que esa secuencia reproduce lo que efectivamente ocurre en la emergencia de sistemas semióticos: lo icónico o ideográfico primero, sistemas mixtos con referencias o índices (“simbólicos”) en segundo lugar, y sistemas articulados (o digitales) al final. Vico construye su analogía entre lenguas y *caracteres* (escritura, tipos, originalmente) a partir de este descubrimiento, de forma que, de alguna manera, los caracteres articulados (los alfabetos que conocemos) reproducen la pauta de lo que suponemos, por hipótesis, que ocurre en la emergencia de las lenguas articuladas. Inventamos de la misma manera en que estamos hechos.

El vínculo egipcio invocado por Vico entre historia y signos parece, de algún modo, el embrión de la relación semiótica (o mejor, pragmática). Peirce, que a veces no se entretiene en los detalles, recuerda, justo antes de referirse a las formas de habla más tempranas en relación a la mimesis, que “en todas las escrituras

primitivas, como los jeroglíficos egipcios, hay iconos de clase no lógica, los ideogramas”.⁷⁷ De manera que tenemos, por un lado, la progresión semiótica comprobable en la historia, adquiriendo certeza con el par de verdades filológicas de los egipcios, tan maravillosas como sus pirámides: ese es el lado histórico de la hipótesis peirceana de la semiosis. Por otro lado, tenemos la construcción de las ideas (o el pensamiento, en términos de proceso semiótico), que procede según el orden de las cosas: a saber, la construcción pragmática de la mente, cuyo recorrido inverso nos permite llegar a una zona de la prehistoria adonde no llegarían ni los picos ni las palas. El argumento sobre la vinculación fuerte entre historia y signos constituye el centro de mi tesis. La implicación semiótica, que procede de lo analógico a lo digital, habría servido, primero en Vico, sirviéndose de categorías retóricas y poéticas, y mucho más tarde, en Deacon, de acuerdo con la investigación contemporánea, para indagar sobre el origen de las lenguas humanas. La idea de que ese mismo proceso, de lo analógico a lo digital, se reproduce en muchos otros contextos de creación e invención con los que estamos bastante más familiarizados plantea cuestiones de prospectiva muy interesantes.

La bibliografía contemporánea suele repetir, con razón, que no hay registros fósiles de las primeras lenguas humanas. Pero hemos aprendido a encontrar muestras y vestigios de diferentes maneras. La emergencia del lenguaje articulado en el individuo responde a límites articulatorios y perceptivos y a necesidades de procesamiento, pero también evoca, a una escala general, las etapas semióticas: sonidos, formas, discurso. Mi último argumento es que cabría contemplar la doble articulación (en términos de Martinet) o su equivalente, la *duality of patterning* (de Hockett), entre sonidos y formas, por un lado, y entre formas y discurso, por otro, como un indicador de la progresión semiótica. Las dos cesuras (entre las tres etapas) responderían a dos momentos distintos en la emergencia de la semiosis. La formación de las palabras podría responder al modo referencial, dependiente de la gestualidad y de la figuración, de la larga etapa intermedia referida por Vico y Deacon. Sin sintaxis no hay autonomía del lenguaje (no hay *símbolos*), de manera que la segunda cesura respondería a la emergencia de la sintaxis, a la tercera etapa de Vico, al desarrollo de las lenguas articuladas. Lo que hoy vemos como un edificio completo y consistente, seguramente se construyó con materiales distintos, en épocas distintas. Las marcas del tiempo, las dos cesuras, entre sonidos y formas por un lado, y entre formas y discurso por el otro, indicarían el modo de construcción. Como pide el argumento peirceano, la imbricación entre lo funcional y lo histórico se vuelve particularmente elocuente.

La cuestión de saber cómo ocurren las transiciones entre etapas es decididamente controvertida.⁷⁸ Las explicaciones de Vico dan a entender que se trata más bien de emergencias, de nuevos estados que asumen el tipo cognitivo anterior y que de alguna manera, subsumiéndolo, lo ocultan. La idea de una evolución gradual,

lineal, en una dirección, tan común a veces en las explicaciones evolucionistas corrientes, es ajena a este planteamiento. El desarrollo de una etapa asume características de la anterior y oculta sus rasgos principales. El desarrollo de la sintaxis a través de las palabras reduce los sonidos a meras representaciones fonéticas, sin significado, para el pesar de los poetas y los actores. Por eso es tan difícil entender cómo podía funcionar un estado cognitivo distinto, sin sintaxis ni recursividad. La presentación ternaria de Peirce sugiere que se trata de etapas discretas, de modos de significar distintos que terminan interactuando. Por lo que suponemos, la emergencia de lenguas articuladas ocurre más bien tarde en la filogénesis, sobreponiéndose a una etapa multimodal, con un lenguaje oral limitado, y un largo periodo de juego y aprendizaje antes de que los jóvenes alcancen la madurez. La etapa sobrevenida complica las cosas, introduciendo al principio (pronto, en la ontogénesis) un nuevo y breve periodo de tres años de adquisición rápida. No hay ninguna linealidad aquí. Parece que estamos hechos de retales, como insinuó G. C. Lichtenberg.⁷⁹ Un tipo cognitivo nuevo acaba transformando y reorganizando completamente las funciones del modo anterior.

3.3. Más allá de las barreras históricas que se alzan entre ambos autores, la relación entre Vico y Peirce parece sugerente a múltiples niveles. Ha habido intentos de admirar su obra respectiva en relación con las teorías de la complejidad, y la obra de Peirce, por su lado, ha conocido desarrollos en base al pensamiento antropológico y evolucionista.⁸⁰ Relacionar la figuración de Vico con el proceso de abducción de Peirce es otra de las posibilidades. Por el lado de Vico, los universales fantásticos precedían a los universales lógicos; por el lado de Peirce, la abducción o hipótesis contrasta con la deducción y la inducción, los modos silogísticos clásicos. La idea peirceana del *musement* como capacidad típicamente humana recuerda al sentido del *ingenio* en Vico, y ambas cosas ocupan un lugar singular en su obra filosófica. En la misma línea, es bastante significativo que los dos consideraran con claridad los límites del azar y la necesidad como parte del proceso de construcción de las ideas: Vico, dirigiendo la *Ciencia Nueva* contra epicúreos y estoicos, atentos, respectivamente, al azar (*il caso*) y la necesidad (*il fato*); Peirce, reconociendo el valor del azar en la evolución, lo que llamó *tychismo* (*tychism*), al lado de la continuidad o la necesidad, lo que llamó *sinequismo* (*synechism*).⁸¹

Aunque vivieron en lados diferentes de la gran división entre las ciencias modernas y las antiguas humanidades, una lectura transversal de ambos ilumina viejos problemas de la historia del pensamiento. La gran división que se abre paso a partir de finales del siglo XVIII afecta sin duda a las interpretaciones: a cómo leemos a cada autor. Ni Vico era tan ajeno a la investigación naturalista en la manera en que se abriría paso en las décadas y lustros siguientes, ni Peirce era tan insensible a la historia de los signos como a menudo lo presenta la semiótica contemporánea.

Insistir en el lado semiótico del primero y, complementariamente, en el lado histórico del segundo, puede ayudar a levantar la doble barrera histórica y epistemológica que los mantiene alejados.

Notas

1. M. H. FISCH, "Vico and Pragmatism", en *Giambattista Vico. An International Symposium*, a cargo de G. TAGLIACOZZO & H. V. WHITE, Baltimore, 1969, pp. 401-424.
2. U. ECO, *Trattato di semiotica generale*, Milán, 1975.
3. R. JAKOBSON, "Linguistics in relation to other sciences", en *Selected Writings II: Word and Language*, La Haya, 1971.
4. U. ECO, "On fish and buttons", *Semiotica*, 48, 1/2, 1984, pp. 97-117.
5. E. LEACH, *Culture and Communication. The logic by which symbols are connected*, Cambridge, 1978.
6. U. ECO, *Lector in fabula: la cooperazione interpretativa nei testi narrativi*, Milán, 1995.
7. R. BARTHES, "L'ancienne rhétorique", *Communications*, 16, 1970, pp. 172-225.
8. T. TODOROV, *Théories du symbole*, París, 1977.
9. U. ECO, *Semiotics and the Philosophy of Language*, Londres, 1984.
10. G. VICO, *Opere*, a cargo de A. BATTISTINI, Milán, 1970; *SN* 25, § 3; se cita siempre por el número de párrafo de esta edición.
11. Cfr. M. H. FISCH, *op. cit.*, p. 416.
12. C. S. PEIRCE, CP 6.24, en "The architecture of theories", *Collected Papers*, a cargo de HARTSHOME C. ET AL., Cambridge, 1931-1958, CP 6.7-34, traducción castellana en <http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html>; cfr. M. H. FISCH, *op. cit.*, p. 420.
13. C. S. PEIRCE, CP 5.314, en "Some consequences of four incapacities", *Journal of Speculative Philosophy*, 2, 1868, pp. 140-157, traducción castellana en <http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html>.
14. Cfr. a propósito la interesante argumentación desplegada en el ensayo de S. RUDNIK, *Vico's Uncanny Humanism: reading the New Science between modern and postmodern*, Cornell, 2003.
15. C. S. PEIRCE, CP 2.302, en "The Icon, Index, and Symbol", *Collected Papers, ibid.*, CP 2.274-308, traducción castellana en <http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html>.
16. *Ibid.*, CP 2.301-2.302.
17. T. A. SEBEOK, "Iconicity", en *The Sign and its Masters*, Austin, 1979, pp. 107-127.
18. Cfr. sobre este tema el mismo compendio de E. LEACH, *Culture and Communication. The Logic by which Symbols are Connected*, Cambridge, 1978.
19. R. JAKOBSON & M. HALLE, *Fundamentals of Language*, La Haya, 1956.
20. C. S. PEIRCE, CP 6.455, en "A neglected argument for the reality of God", *Collected Papers, ibid.*, CP 6.452-91, traducción castellana en <http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html>.
21. C. S. PEIRCE, "The Icon", *op. cit.*, CP 2.280.
22. *Ibid.*, CP 2.299.
23. G. VICO, *Institutiones oratoriae*, a cargo de G. CRIFÒ, Nápoles, 1989, p. 311, traducción castellana de Francisco J. Navarro Gómez en *Obras II, Retórica*, Barcelona, 2004, p. 100.
24. Cfr. más adelante, n. 60.
25. Cfr. más adelante en el texto, 3.2.
26. Cfr. J. TRABANT, *Apelioten oder der Sinn der Sprache*, Múnich, 1986, pp. 75-77 y pp. 86-90.
27. C. S. PEIRCE, "The Icon", *op. cit.*, CP 2.283-2291.
28. R. JAKOBSON, "Shifters, verbal categories and the Russian verb", *On Language*, a cargo de L. WAUGH & MONVILLE-BURSTON, Cambridge MA, pp. 386-392.
29. G. VICO, *ibid.*; ID., *SN* 44, § 460.
30. T. DEACON, *The Symbolic Species*, Nueva York, 1997.
31. Puede servir de guía el compendio de S. JOHANSSON, *Origins of Language*, Ámsterdam, 2005.
32. T. DEACON, *ibid.*, p. 409.
33. *Ibid.*, p. 300.
34. *Ibid.*, p. 302.
35. M. DONALD, *Origins of the Modern Mind: three stages in the evolution of culture and cognition*, Cambridge MA, 1991; S. MITHEN, *The Prehistory of the Mind: the cognitive origins of art, religion and science*, Londres, 1996.

36. *New Essays on the Origin of Language*, a cargo de J. TRABANT & S. WARD, Berlín, 2001; *Language Evolution*, a cargo de M. H. CHRISTIANSEN & S. KIRBY, Oxford, 2003.
37. G. VICO, *SN 44*, § 440.
38. *SN 44*, § 32.
39. *SN 44*, § 34.
40. *SN 44*, § 401.
41. *SN 44*, § 32.
42. *SN 44*, § 432.
43. *SN 25*, § 367.
44. *SN 25*, § 366.
45. *SN 44*, § 459.
46. S. MITHEN, *op. cit.*; W. TECUMSEH FITCH, *The Evolution of Language*, Cambridge, 2010; G. LORENZO, “¿Y si el lenguaje tiene 100 mil años? Explorando las consecuencias de la datación del FOXP2 humano”, *Ludus Vitalis. Revista de Filosofía de las Ciencias de la Vida*, XV/27, 2006, pp. 143-163.
47. T. DEACON, *op. cit.*, p. 252.
48. H. M. MÜLLER, *Evolution, Kognition und Sprache: die Evolution des Menschen und die biologischen Grundlagen der Sprachfähigkeit*, Berlín, 1987; M. C. CORBALLIS, *From Hand to Mouth: The Origins of Language*, Princeton, 2003; W. TECUMSEH FITCH, *op. cit.*
49. T. DEACON, *op. cit.*, p. 353.
50. *Ibid.*, p. 363.
51. Cfr. *The Evolution of Human Language: biolinguistics perspectives*, a cargo de R. K. LARSON, V. DÉPREZ & H. YAMAKIDO, Cambridge, 2010; y S. BALARI, “Desarrollo y complejidad computacional. ¿Dos elementos clave para comprender los orígenes del lenguaje?”, *Ludus Vitalis. Revista de Filosofía de las Ciencias de la Vida*, XIII / 24, 2005, pp. 181-198.
52. La hipótesis de una autoemergencia fue diseñada con bastante claridad por Bruno Snell, en *Der Aufbau der Sprache*, Hamburgo, 1952; cfr. también M. A. K. HALLIDAY, *Language as Social Semiotics: the social interpretation of language and meaning*, Ámsterdam, 1987.
53. T. DEACON, *ibid.*, p. 316.
54. T. A. SEBEOK, “Signs, Bridges, Origins”, en *Origins of Language*, a cargo de J. TRABANT, Budapest, 1996, pp. 89-115.
55. T. A. SEBEOK, “Some Reflections on Vico in Semiotics”, en *Global Semiotics*, Bloomington, 2001, pp. 135-144.
56. M. DANESI, *Vico, Metaphor, and the Origin of Language*, Bloomington, 1993.
57. T. A. SEBEOK, *A Sign is just a Sign*, Bloomington, 1991, p. 94, citado por M. DANESI, *op. cit.*, p. 28.
58. M. Danesi es también el editor de *Giambattista Vico and Anglo-American Science*, Berlín, 1995, que reúne trabajos sobre ciencia cognitiva y semiótica. [N.E.- De Marcel Danesi puede verse en castellano: *Metáfora, pensamiento y lenguaje. Una perspectiva vichiana de teorización sobre la metáfora como elemento de interconexión*, trad. y ed. a cargo de J. M. SEVILLA, Sevilla, 2004].
59. J. TRABANT, *La scienza nuova dei segni antichi. La sematologia di Vico*, Bari, 1996; Id., “Tristi segni. Per una sematologia vichiana”, *Bollettino del Centro di Studi Vichiani*, 26-27, 1996-1997, pp. 11-28; Id., “La sematología de Vico”, *Cuadernos sobre Vico*, 9/10, 1998, pp. 175-187; Id., *Cenni e voci: saggi di sematologia vichiana*, Nápoles, 2007. Cfr. también *Vico und die Zeichen*, a cargo de J. TRABANT, 1995.
60. Pero véase la discusión sobre el enfoque de Hayden White a propósito de los cuatro tropos fundamentales de Vico, en J. TRABANT, *La scienza nuova...*, cit., pp. 74-77.
61. J. TRABANT, “La sematología de Vico”, *op. cit.*, p. 181.
62. S. MITHEN, *The Singing Neanderthals: the origins of music, language, mind and body*, Londres, 2005; W. TECUMSEH FITCH, *op. cit.*, pp. 466-507.
63. J. TRABANT, “La sematología de Vico”, *op. cit.*, p. 182.
64. R. M. ZAGARELLA, “Le tre spezie di lingue nella *Scienza Nuova* di Vico: interpretazione diacronica e funzionale”, *Laboratorio dell'ISPF*, VI, 1/2, 2009, pp. 20-36.
65. J. TRABANT, *La scienza nuova...*, cit., p. 56 (citado por R. M. ZAGARELLA, *op. cit.*, p. 29).
66. R. M. ZAGARELLA, *op. cit.*, p. 33.
67. Cfr. *supra*, n. 20.
68. G. VICO, *SN 44*, § 148.
69. *SN 44*, § 238.

70. SN 44, § 52.

71. M. DOUGLAS, *Natural Symbols*, Harmondsworth, 1970, p. 199.

72. G. VICO, SN 44, § 446; y R. M. ZAGARELLA, *op. cit.*, p. 35.

73. T. A. SEBEOK, "Aboriginal Sign 'Languages'", en *A Sign is just a Sign*, cit., pp. 128-167.

74. T. DEACON, *The Symbolic*, cit., p. 364.

75. G. VICO, SN 44, §§ 447-455.

76. SN 44, § 52.

77. C. S. PEIRCE, "The Icon", *op. cit.*, CP 2.280; cfr. *supra*, n. 21.

78. Cfr. la discusión de J. TRABANT, *La scienza nuova...*, cit., pp. 82-90.

79. "No creo que sea posible demostrar que seamos la obra de un ser superior, antes que la de un ser bastante imperfecto que nos compuso para pasar el rato" (GEORG CHRISTOPH LICHTENBERG, *Sudelbücher*, a cargo de W. PROMIES, Múnich, 1968, D 412).

80. Cfr. *Chaos, Complexity, Curriculum & Culture*, a cargo de W. E. DOLL JR., M. J. FLEENER, D. TRUEIT & J. S. JULIEN, Nueva York, 2005; y *Semiotic Evolution and the Dynamics of Culture*, a cargo de M. BAX, B. VAN HEUSDEN & W. WILDGEN, Berna, 2004.

81. C. S. PEIRCE, "Evolutionary Love", *The Monist*, 3, 1893, pp. 176-200, traducción castellana en <http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html>.

* * *





